

Searle y el significado literal

Juan JOSÉ ACERO

Resumen

En su análisis del significado literal Searle ha utilizado el principio de que al llevar a cabo un acto de habla el significado literal de las expresiones proferidas deja indeterminado el contenido de este acto. Se argumenta que este principio, además de entrar en conflicto con ciertas intuiciones lingüísticas, conduce a análisis poco naturales de fenómenos como los de la existencia de constituyentes no articulados y de la transferencia semántica. Finalmente, se alega que una combinación de ideas de Wittgenstein y Drestke permite proporcionar mejores explicaciones de esos fenómenos.

Palabras claves: Significado literal, uso, contexto, trasfondo, preferencia contrastante, foco de contraste.

Abstract

In his analysis of literal meaning Searle has deployed the principle that in carrying out an speech act the literal meaning of its words leaves undetermined the speech act's content. It is argued that this principle not only goes against certain basic linguistic intuitions, but it also leads to unnecessary convoluted analysis of phenomena like the existence of non-articulated constituents and semantic transference. Lastly, it is shown that by putting together ideas of Wittgenstein and Dretske better explanations of those phenomena can be obtained.

Keywords: Literal meaning, use, context, background, contrasting utterance, contrasting focus.

1. Los problemas de Searle en el restaurante

La distinción literal/no literal a propósito del significado de palabras sueltas, oraciones y expresiones lingüísticas en general se halla hoy en el centro de diversas líneas de investigación que exploran el territorio fronterizo entre la semántica y la pragmática. A mi entender, la distinción da lugar a diversos embrollos conceptuales y programas de investigación cuyo valor quizás sea discutible. Si bien es obvio que este juicio no puede validarse en el espacio de unas pocas páginas, lo que sí es posible hacer dentro de esos límites es detenerse en alguna de las razones por las que sería perjudicial aceptar sin la debida cautela que las expresiones lingüísticas tienen significados literales. En particular, consideraré cómo emplea John Searle la idea de significado literal al analizar las propiedades intencionales de los actos de habla. Expuesto con mayor concisión, mi objetivo es el de aproximarme a algunos de los «casos difíciles» que se están debatiendo en la tierra de nadie entre la semántica y la pragmática prescindiendo de cierto principio con el cual Searle aborda el análisis de tales casos. Llamaré a esa conclusión la doctrina de la Indeterminación del Contenido por el Significado Literal. Como quiero evitar comprometerme con esta doctrina, ensayaré una aproximación a esos casos que no haga obligatorio aceptarla. Así, la vía que exploraré trata de eludir razonamientos como el siguiente:

Suppose I go into a restaurant and order a meal. Suppose I say, speaking literally, «Bring me a steak with fried potatoes.» *Even though the utterance is meant and understood literally, the number of possible misinterpretations is strictly limitless.* I take it for granted that they will not deliver the meal to my house, or to my place or work. I take it for granted that the steak will be not encased in concrete, or petrified. It will not be stuffed into my pockets or spread over my head. But none of these assumptions was made explicit in the literal utterance. (Searle 1992, p.180. La cursiva es mía. J.J.A.)

En mi opinión, la manera que tiene Searle de hacer plausible su idea de significado literal es forzada. A un cliente normal que pide un entrecot con patatas fritas, los camareros le sirven un entrecot con patatas fritas más los aditamentos propios del lugar, si los hubiera. Searle, en cambio, parece querer que aceptemos que se nos puede traer el entrecot dentro de un bloque de cemento, o que nos lo puedan servir el entrecot en nuestra casa, mientras seguimos sentados, esperando pacientemente, en el restaurante.

Voy a defender que la manera que tiene Searle de entender la comprensión del lenguaje y la comunicación que éste hace posible le abocan a aceptar esta conclusión, que a mí me parece, cuando menos, chocante. Así mismo, esbozaré una manera de despejar la atmósfera de paradoja que Searle nos invita a respirar. La estrategia que propongo seguir, a partir de este momento, para responder a la pregunta planteada combina ideas de dos filósofos, cuyos estilos y convicciones difieren cla-

ramente: Wittgenstein y Dretske. De Wittgenstein seguiré el conocido consejo de que no debemos preguntarnos por el significado de una palabra o expresión, sino por su *uso*. De Dretske utilizaré la doctrina de que la elección de un término o un concepto, o bien las cosas o situaciones a los que se aplican, debe considerarse relativa a una clase de términos o conceptos, la *clase de contraste*, que constituye el dominio pertinente para entender su elección o su aplicación.

2. Dos principios acerca del significado literal

En mi opinión, a todo aquel a quien, como decía Wittgenstein, la filosofía no le haya producido callos allí donde su sensibilidad debe de estar afinada al máximo las posibilidades que Searle contempla le parecerán ocurrencias poco creíbles. Cuando pedimos en un restaurante un entrecot con patatas fritas profiriendo

(1) Tráigame un entrecot con patatas fritas

no demandamos ni que la comida se nos lleve a nuestro domicilio, ni que se nos sirva en un bloque de cemento, ni tampoco que el entrecot no mida 1 Km. de largo. Searle no niega esto, desde luego. Sin embargo, lo que deseo subrayar es que él considera que la oración proferida tiene un significado literal que no excluye ninguna de esas cosas. Y es en este punto en donde se materializa mi discrepancia. No la hay en lo que respecta a qué es lo que el hablante dice y qué entiende su interlocutor. Para este Searle, esas impensables opciones no se traducen en ninguna crisis de comunicación gracias a la conjunción del significado literal de la expresión proferida con otro factor, el Trasfondo de la preferencia, que hace posible que el acto de habla culmine con aquello que se quería hacer desde el principio mismo, a saber: un petición que tiene un contenido apropiado. El Trasfondo funciona como un filtro que elimina las posibilidades que podríamos anormales.

En este análisis quiero distinguir dos tesis o doctrinas: la de la Indeterminación del Contenido por el Significado Literal (ICSL) y la de la Contribución del Trasfondo (CT).¹ Dicen lo siguiente.

Indeterminación del Contenido por el Significado Literal (ICSL)

El significado literal de la expresión proferida deja indeterminado el contenido

¹ Véase Searle (1979), (1980), (1983), (1992), (2002). Aquí sigo las exposiciones de Searle (1983) y (1992), pues es en estas obras en las que encuentro formuladas del modo más claro las dos tesis ICSL y CT. El ejemplo de (1) resulta más oportuno que el más conocido de «El gato está sobre la alfombra», pues se ha objetado a las consideraciones que hace Searle sobre este ejemplo que ignora la naturaleza deíctica del significado de 'sobre'. Véase Berg (1993, p. 398 y s.).

–eso que posee condiciones de verdad– del acto de habla llevado a cabo al proferirla.

La Contribución del Trasfondo (CT)

El significado Literal de las palabras proferidas y el Trasfondo de la preferencia determinan el contenido del acto de habla llevado a cabo: lo que el hablante dice y su interlocutor entiende (de otro modo: sus condiciones de verdad)

Searle es un creyente convencido en los significados literales de las palabras. (Y también acepta que la captación de esos significados es, aunque no una condición suficiente, sí una condición necesaria para comprender lo que dicen los hablantes con sus preferencias.) Así, Searle considera que la forma verbal «corta» significa lo mismo en las cuatro siguientes oraciones: «Sam corta la hierba», «Sally corta el pastel», «Bill corta la tela» y «Él corta la piel» (Searle 1992, p.184).² De inmediato añade que en la comprensión “hay algo más que la captación de los significados ya que, por decirlo toscamente, lo que uno entiende va más allá del significado [literal]” (Searle 1983, p.146). Para entender literalmente una preferencia, hay que captar el significado literal de las expresiones que lo componen; y también hay que saber seguir las reglas que combinan esos significados hasta captar el significado de toda la expresión proferida. Sin embargo, no es sólo que en condiciones normales proferir (1) no pueda servir *nunca* para pedir que se me traiga un entrecot con patatas fritas a mi domicilio o a mi lugar de trabajo. Searle cree, además, que el verbo «traer», o quizás mejor el predicado «traer un entrecot con patatas fritas», tiene un significado, el *literal*, el cual –y éste es para mí el punto clave– deja abiertas esas, entre otras muchas, posibilidades no deseadas o no concebidas. Así, al aceptar que el significado literal arrastra consigo una indeterminación tal que el número de posibles malas interpretaciones de la preferencia es en principio ilimitado, se arriba a una posición que yo no deseo compartir. Ahora bien, por otra parte, Searle quita hierro a su análisis añadiendo que el éxito de la preferencia se alcanza gracias a la contribución del Trasfondo en que tiene lugar. Su análisis combina ICSL y CT. Estas dos doctrinas o principios, la de la existencia del significado literal y la de la contribución del Trasfondo, las discutiré por separado. Discrepo de Searle acerca de ICSL, pero no de CT. Trato de separar ambas doctrinas, porque considero importante no sólo la noción de Trasfondo, sino también el papel que Searle le concede.³

² Los ejemplos no se agotan aquí. Para considerar otros ejemplos de los que extrae Searle las mismas consecuencias, véase su clásico Searle (1983, p. 145 y ss.).

³ Queda claro que considero que el elemento perturbador lo constituye la creencia en el significado literal. Hay autores, como Katz, que no ven nada de discutible en la noción de significado literal pero que, a pesar de ello, rechazan ICSL. Mi diagnóstico es justamente el contrario. Yo rechazo ICSL, pero añado que la raíz de la dificultad estriba en la idea de significado literal. Si simplemente rechazamos ICSL, pero nos aferramos a esa idea, entonces igualmente nos vemos abocados a aceptar conclu-

3. Por qué cree Searle en el significado literal

Dos son los argumentos que ofrece Searle para justificar su creencia en los significados literales de las palabras que yo discutiré aquí.⁴ Según el primero de estos argumentos (Searle 1992, p. 178 y s.), si «cortar» tiene el mismo significado en dos oraciones, la reducción de la conjunción de estas oraciones es semánticamente impecable. Esto significa que la oración «Sally corta el pastel y Bill corta la tela» puede transformarse en «Sally corta el pastel y Bill la tela». Sin embargo, si «cortar» tuviese dos significados diferentes, uno literal y otro no literal, la reducción no proporcionaría una oración semánticamente aceptable, sino una de algún modo anómala. No acepto este argumento porque, por decirlo en términos que eviten anticipar mi propia posición, me parece que únicamente pone de relieve que el significado que tiene –mejor aún: el uso que se hace de– el verbo «cortar» al proferir asertóricamente «Sally corta el pastel» se parece (mucho) más al que tiene en una proferencia asertórica de «Bill corta la tela» que al que tiene en «El viento cortó el suministro de fluido eléctrico», sin que ello nos obligue a hacer que nuestra posición filosófica dependa sustancialmente de la creencia en la existencia de significados literales. Pues es esta creencia la que otorga marchamo de corrección a ICSL, una condición con la cual –he dicho más arriba– no quiero comprometerme. Si no doblegamos este deseo a las exigencias de la creencia en el significado literal, los ejemplos de Searle que supuestamente la avalan no parecerán tan firmes. A su juicio, «General Electric ha inventado un aparato que corta hierba, pasteles, tela y piel» es irreprochable, mientras que «General Electric ha inventado un aparato que corta hierba, pasteles, tela, piel y el fluido eléctrico» le parecería “un mal chiste” (Searle 1992, p. 179). Quizás no comparta el sentido del humor de Searle, pero el ejemplo me parece poco convincente, si no se añaden otras explicaciones. De hecho, no es imposible concebir una situación en que fuese perfectamente razonable proferir no sólo «Sally cortó el pastel y Bill el fluido eléctrico», sino también «Sally cortó el pastel y Bill el fluido eléctrico».⁵ Pero, si ello es así, la reducción de la conjunción no establece la identidad del significado natural.

siones a las que el encallecimiento de nuestra sensibilidad filosófica abre la puerta. De ese modo se entiende que Katz se vea llevado a admitir que para cortar las tartas con segadoras de césped sólo hace falta inteligencia o que cortar el césped con un cuchillo es sólo una forma heterodoxa de cortar el césped. Cf. Katz (1990, p. 247).

⁴ Hay un tercer argumento, de acuerdo con el cual, primero, la semántica de las lenguas naturales se rige por un principio de composicionalidad y, segundo, este principio exige que los constituyentes sintagmáticos de las oraciones tengan significados literales. (El argumento de la composicionalidad se expone en Searle 1992, p. 179 y s.). No discutiré este argumento en este trabajo, pues, si bien creo disponer en estos momentos de un antídoto para hacer frente a este argumento, no estoy en situación de exponerlo sin tener que dar muchos rodeos para conseguirlo.

⁵ Berg (1993) objeta a muchos de los análisis particulares de Searle señalando que pasa por alto la ambigüedad léxica de alguno de los componentes de las oraciones que cita. Lo mismo, entiendo, objetaría a este argumento suyo, aduciendo que ignora la ambigüedad de «cortar». Esta consideración suya resulta muy oportuna, si se desea replicar de la forma que acabo de hacer en este párrafo.

El segundo argumento para aceptar la existencia de significados literales señala que renunciar a esto obliga a sacar la conclusión de que cualquier palabra “es indefinida [en cuanto a su significado] o incluso quizás infinitamente ambigua” (Searle 1983, p. 146). De ello se seguiría, es de suponer, que si las palabras carecieran de significados, no habría ni lenguaje ni tampoco comunicación lingüística. El argumento es un *non sequitur*, e ilustra bien la falta de paciencia que para Wittgenstein es típica de los filósofos. El argumento se neutraliza señalando que la comunicación por medio del lenguaje no descansa, ni tiene por qué descansar, en el principio de que la comprensión ha de ser una capacidad de captación de algo, un significado, con perfiles bien definidos. Y tampoco es obligado aceptar que si no hay significados literales, entonces los significados son infinitos y, como consecuencia de ello, que el ámbito del lenguaje es inabarcable: es decir, que el lenguaje es inaprendible. El significado de muchas de nuestras palabras, si es que no de todas ellas, puede variar de unas oraciones a otras sin que de ello haya de seguirse que sólo se accede al lenguaje si se dispone de una facultad capaz de abarcar un ámbito integrado por infinitas entidades. De significados en este caso.

4. La Condición de Propiedad de Uso

Bien: dejemos a un lado la tesis de que las palabras tienen significados literales y, con ello, la legitimidad de preguntar *qué* significa literalmente esta palabra y si el significado de esta palabra en esta preferencia es su significado literal. ¿Cómo manejar, entonces, los casos que Searle entiende que avalan la tesis de que es posible haber captado los significados de todos los componentes de una oración y no entender ésta propiamente? La recomendación de Wittgenstein es bien conocida a estas alturas: no nos preguntemos qué significa una expresión; preguntémosnos cómo se la *usa*. Se trata de un antídoto contra la confusión que infecta la pregunta por *el* significado: *qué* cosa es el significado de esta o aquella palabra o expresión, *cuál* es su significado: “For a *large* class of cases –though not for all–in which we employ the word «meaning» it can be defined thus: the meaning of a word is its use in the language (Wittgenstein 2001, § 43)”⁶.

Todo esto es bien conocido, pese a lo cual quiero hacer explícita la manera en que voy a valerme de este antídoto. No hay duda de que antes de acudir a un res-

⁶ Cf. también Wittgenstein (2001, §§ 120, 138, 197). A veces se discute la doctrina de que el significado de una expresión es su uso señalando que hay propiedades del significado de las que carece el uso. El resultado es, entonces, una propuesta que apunta a la tesis de que el uso determina el significado, y que no hay diferencias de uso sin diferencias de significado. Véase Glock (1996, 209 y s.). Desde esta perspectiva, el significado de una expresión es algo distinto de su uso, pero *sobreviene* de éste. Glock (1996, 207-210) analiza los argumentos contrarios a esta identificación y acaba aceptándolos. Por mi parte, acepto la tesis de la identidad de significado y uso.

taurante el hablante común del español sabe usar el verbo «traer» en situaciones muy diversas. Lo que se aprende con la fórmula «Tráigame un ...» es, de un lado, una posiblemente muy leve extensión de una capacidad ya ejercida anteriormente, un ejercicio seguramente nuevo, puesto que la petición lleva consigo transformar de cierta manera algo que sólo existía de otra muy distinta. Ahora bien, de otro lado, esa extensión es verdaderamente profunda, ya que todo un conjunto de elementos explícitos e implícitos se incorporan al acervo de competencias del usuario de la expresión. Entre los implícitos se encuentra la falta de pertinencia de esas posibilidades que, según Searle, la preferencia de (1) deja abiertas. De otro modo: aprender a hacer esta petición es aprender a no esperar que el plato solicitado venga dentro de un bloque de cemento, a no esperar que el plato sea servido en el lugar de trabajo, a que no tenga 1 Km. de largo, y así sucesivamente. Eso lo aprendemos, por ejemplo, yendo al restaurante y viendo lo que la gente hace y no hace; lo que allí sucede y no sucede. No sólo aprendemos todas estas cosas, sino que también aprendemos a usar «Tráigame un entrecot con patatas fritas» (= (1)), «Tráigame un sorbete de frambuesa al aroma de kirsch» y demás para solicitar los platos que deseamos. Recuérdese que en el significado de una expresión no hay *nada* que no esté en su uso y se extraerá la conclusión que contradice el análisis de Searle, a saber: que el significado de aquella preferencia no deja ningún espacio al sinfín de posibilidades de las que nos daba una muestra. Si su teoría del significado le lleva a postular esas posibilidades, ésa es una carga que su opción ha de soportar.

Por el contrario, *aprender a usar una expresión consiste en aprender a distinguir las alternativas pertinentes y a elegir justamente la que interesa entre las que estén permitidas*. Las que quedan fuera de esta selección no juegan ningún papel en el análisis del significado y de la comprensión del lenguaje. Quien aprende a usar (1) descarta semejantes posibilidades. Nada hay en su uso, diré, que incluya en dicha clase opciones tan fantásticas. Aprender el significado de la oración (1) en un restaurante consiste en identificar la situación en la cual resultaría apropiado usarla. Hay aquí variaciones numerosas que tomar en consideración. Por ejemplo, el tipo de restaurante es una variable posible, pues hay lugares de comida en los que uno puede abstenerse de comer, mientras que se evitaría ir a otros para hacer tal cosa. Pongámonos en el caso más simple. En una situación así, las opciones pertinentes son las distintas opciones de la oferta del lugar, además de la renuncia a comer algo; y en todos los casos esas opciones únicamente contemplan que la comida solicitada se cocine y se lleve luego, preparada y dispuesta en un plato o bandeja, al lugar en donde se halla quien la pidió. Puesto que el restaurante no oferta en su menú entrecotes en un bloque de cemento, la petición de uno así está descartada desde el principio mismo. Pues bien, la clase de todas esas alternativas pertinentes, lo que llamaremos la *clase de contraste* de la preferencia de la oración en la situación relevante, define los límites de la significatividad y del entendimiento. No se

trata de qué sea posible sin más, sino de *qué es posible en la situación en que tiene lugar el uso de la expresión* (véase Dretske 1972). Como escribe Dretske en otro contexto filosófico, lo que distingue la clase de contraste de otros conjuntos de posibilidades, lo que separa las alternativas pertinentes o apropiadas de las que no vienen a cuento “resides not in what we happen to *regard* as a real possibility (whether reasonable or not), but in the kind of possibilities that actually exist in the objective situation” (Dretske 2000, p. 63). Y en la situación del restaurante que hemos considerado las posibilidades que menciona Searle no existen. Cabe, entonces, enunciar el elemento fundamental de la discusión precedente en la siguiente

Condición de Propiedad de Uso (CPU) (Primera formulación)

Un uso $U(E)$ de una expresión E en una situación S es apropiado a la ejecución de un acto de habla A , si A está contemplado en la clase de contraste de E en S .

La condición CPU puede entenderse como una condición necesaria de la posesión por parte de una expresión E de un determinado uso suyo, $U(E)$, pero también como una restricción de la gama de posibles formas de entender ese uso de la expresión E . Pues si un determinado uso de una expresión, como solicitar un entrecot con patatas en un bloque de cemento, no se encuentra en la clase de contraste de los usos de (1) cuando se profiere esta expresión en un restaurante, el interlocutor ha de descartar ese uso como posible forma de entender la correspondiente preferencia.

Aun en esta primera versión, CPU es la pieza clave de la elaboración de una alternativa al análisis que propone Searle del género de preferencias que apoyan su convicción de que el conocimiento del significado de una preferencia no garantiza que se la entienda plenamente. CPU explica por qué es lícito renunciar a la idea de que las palabras tienen un significado literal, si es que tal cosa trasciende el uso que se haga de ellas en este o aquel contexto. Lo que importa son las circunstancias en que se usa una expresión: es decir, cuál es su clase contraste y, dentro de esta clase, a qué elemento en particular se asocia. Si, haciendo caso omiso de esta consideración, convenimos, pese a todo, que las palabras son portadoras de significados literales, y que son justamente estos significados los que determinan su uso, las soluciones más naturales a determinados problemas que se debaten actualmente en el terreno fronterizo de la semántica y la pragmática dejan de estar a la vista. Veamos un ejemplo de ello.

5. Constituyentes sin articular

Por creer en el significado literal Searle está dispuesto a enfrentarse al problema de explicar cómo es que las preferencias usuales de

(2) He desayunado

permiten afirmar que he desayunado *hoy* –es decir, el día en que se hace la preferencia–, mientras que las de

(3) He estado en el Tibet

no responden para nada al mismo esquema temporal (Searle 1992, p. 141 y s.); es decir, no sirven, salvo excepcionalmente, para comunicar que *hoy* he estado en el Tibet. Pero la dificultad a la que se enfrenta tiene su origen en las doctrinas a las que antes me he referido. En primer lugar, se parte de la base de que las preferencias de estas oraciones tienen significados literales, que dependen sólo de los significados literales de sus expresiones (palabras) componentes. A continuación, se sitúa uno en el lugar del interlocutor de quien ha proferido estas oraciones y se percibe que quien ha proferido (2) ha afirmado que ha desayunado hoy mientras que el otro, el que ha proferido (3), ha afirmado, por su parte, que ha desayunado en el Tibet, *pero que posiblemente no lo ha hecho hoy*, puesto que nada dice al respecto. El intento de hacer cuadrar ambos datos lleva entonces a postular procesos mentales que desembocan en la manufactura de una entidad –*lo que se ha afirmado y captado*– a partir de otra entidad –el *significado literal* de las expresiones proferidas, sean o no oraciones–.

La cuestión que se debate aquí es la de si hay en lo que el hablante comunica o dice con una preferencia suya un ingrediente conceptual, o un constituyente de la proposición comunicada, que no se halla articulado, que no está presente en la oración proferida. Por lo tanto, ¿tienen nuestras preferencias *constituyentes sin articular*? ¿No es cierto que con frecuencia hay en lo que decimos ingredientes sin contrapartida lingüísticamente articulada en las palabras proferidas? La paradoja se crea con la siguiente reflexión: si ‘desayunar’ significa *desayunar*; si ‘estar’ significa *estar*, ‘hoy’ significa *el día de hoy* y ‘en el Tibet’ significa *en el Tibet*, ¿cómo es que (2) significa que *he desayunado hoy*, si el constituyente conceptual *hoy*, incuestionablemente presente en el contenido comunicado, no se encuentra lingüísticamente articulado en (2)? Las principales respuestas que hoy se barajan⁷ recurren sin excepción a la condición de que las palabras tienen significados literales, en virtud de las convenciones lingüísticas, aunque cada cual se base luego en recursos específicos de la aproximación elegida. El factor común es que las palabras proferidas tienen un significado literal, y también, por lo tanto, la expresión –quizás una oración– formada a partir de ellas. Luego, a través de procesos pragmáticos de diversas clases –de saturación, enriquecimiento o de otros tipos–, ese significado

⁷ Como muestra de las principales opciones contempladas, véase Bach (1994; 2002; 2005), Carston (2002a; 2002b), Recanati (2002; 2005, caps. 7-8), Stanley (2002).

literal ha de completarse, o articularse, hasta obtener la proposición dicha o comunicada.

No es preciso ir tan lejos. El problema de si hay o no constituyentes sin articular del género descrito lo suscitamos nosotros mismos al concebir el significado como una cosa del mismo tipo que la palabra de la cual es el significado, pero diferente de la palabra.⁸ Sólo entonces parece perfilarse ante nosotros el fantasma de una entidad incompleta que, por carecer de ciertos elementos, nos parece inadecuada para desempeñar el papel de contenido que pasa de la mente del hablante a la mente de su interlocutor. Ahora bien, cuando la pregunta por el significado es la pregunta por el uso, el problema así suscitado se desvanece. Todo lo que hemos de pararnos a determinar es las clases de contraste de los usos canónicos de (2) y (3), respectivamente. En el primer caso, pero no necesariamente en el segundo, la clase incluye elementos que contienen el día de la preferencia, pues característicamente usamos (2) en situaciones en las cuales la referencia temporal es el día en que preferimos esa oración. Por ejemplo, cuando alguien nos sugiere desayunar o nos pregunta si lo hemos hecho ya. Si rechazamos la oferta, no es por haber desayunado en algún momento del pasado. No es que decir esto sea decir algo falso; es que carece de sentido responder a la oferta diciendo: «He desayunado ayer» ó «He desayunado hace cuatro semanas», porque, según sanciona CPU, las cláusulas adverbiales «ayer» y «hace cuatro semanas» contribuyen a conformar usos que no pertenecen a la clase de contraste apropiada a los usos típicos de (2). En cambio, el tipo de situación en que se usa correctamente la oración (3) es muy distinto para un europeo o un americano que, digamos, para un chino. Para estar en condiciones de decir, y de que se entienda, que he estado en el Tíbet hoy, la clase de contraste debería poseer propiedades muy inusuales para la mayoría de los occidentales.

6. Preferencias contrastantes

Volveré ahora al análisis precedente exponiendo, primero, y desarrollando brevemente, a continuación, algunas ideas de Dretske sobre lo que él llama *enunciados contrastantes*. El objetivo es ofrecer una visión algo más detallada de la alternativa al análisis que hace Searle de preferencias de oraciones como (1) – (3).

Consideremos una oración como (4):

(4) Clyde me dió los billetes de avión por error

Esta oración puede ser usada para llevar a cabo enunciados claramente diferen-

⁸ Aquí resultan particularmente pertinentes algunas de las observaciones de Wittgenstein en las *Investigaciones filosóficas*. Véase Wittgenstein (2001, §§120 y 349 y ss.).

tes los unos de los otros. Las diferencias más básicas las marcamos subrayando distintos constituyentes de (4):

- (4a) Clyde me dio los billetes de avión por error
- (4b) Clyde me dio (a mí) los billetes de avión por error
- (4c) Clyde me dio los billetes de avión por error
- (4d) Clyde me dio los billetes de avión por error
- (4e) Clyde me dio los billetes de avión por error

Con (4a) representamos la preferencia a través de la cual respondemos a la pregunta de quién cometió el error de darme los billetes, para resolver la duda de si fue Clyde, Ernesto o Pedro. (4b) resuelve una duda diferente: ¿a quién dio Clyde los billetes por error? (4c) indica qué hizo por error Clyde con los billetes: me los dio, no me los mostró ni tampoco me los cobró. (4d) y (4e) sirven para marcar otros tipos de diferencias: (4d) permite trazar una divisoria entre los billetes de avión y las demás cosas que Clyde me podía dar por error, mientras que (4e) traza una frontera entre si lo que Clyde hizo fue acertado o equivocado, y elige la segunda opción. De acuerdo con la terminología de Dretske, la oración (4) tiene cinco posibles *focos de contraste* que podríamos calificar de simples: el de (4a) es ‘Clyde’, el de (4b) ‘me’, y así sucesivamente. Cada foco de contraste corresponde a un tipo de aserción, y su ejecución responde a un patrón de entonación característico de la oración (4). Cada foco de contraste pertenece, a su vez, a una clase determinada, su *clase de contraste*. La clase de contraste que corresponde a la afirmación llevada a cabo al proferir (4d) está formada por todas aquellas cosas que Clyde se hallaba en disposición de darme por error. A la clase de contraste correspondiente a (4a) pertenecen las personas que estaban en situación de darme los billetes de avión por error. Finalmente, llamaremos *perfil de contraste* de una preferencia a la serie de focos de contraste que incorpora la preferencia. De esta forma, cada uno de nuestros enunciados (4a) – (4e) difiere de los demás por el específico perfil de contraste de la correspondiente preferencia.⁹ Dos preferencias de la misma oración que difieran en cuanto a su perfil de contraste cuentan como realizaciones de *afirmaciones (aser-tos) contrastantes* entre sí, y en virtud de ello las preferencias mismas son *preferencias contrastantes*.

Un punto particularmente importante de las nociones de afirmación contrastan-

⁹ La noción de perfil de contraste se hace más rica si permitimos, como parece necesario hacer, que un enunciado contrastante tenga un perfil de contraste con más de un foco. En general, si una oración consta de n posibles focos de contraste simples, el número total de perfiles que pueden tener los enunciados que quepa llevar a cabo mediante ella es la suma de las variaciones sin repetición (o permutaciones) de los n elementos tomados de uno en uno, más las variaciones sin repetición de los n elementos tomados de dos en dos, más..., más las variaciones sin repetición de los n elementos tomados de n en n . Para el caso de (4), el número total de perfiles de contraste es de 24.

te, preferencia contrastante y las asociadas a éstas es que las diferencias entre los contenidos de afirmaciones así son diferencias de condiciones de verdad. Si se instruye a Clyde para que dé los billetes de avión a Ernesto y me los entrega a mí finalmente por error, el enunciado (4b) es verdadero y los restantes enunciados contrastantes son falsos. Pero si Clyde recibe la instrucción de cobrarme los billetes de avión y se confunde y me los da, entonces (4c) es verdadera, mientras que (4a), (4b), (4d) y (4e) son falsos. Finalmente, (4e) es verdadero cuando, y únicamente cuando, el error consistió en que Clyde me diera a mí los billetes de avión. Si las diferencias en las condiciones de verdad son determinantes de diferencias semánticas, los enunciados (4a) – (4e) no son semántica y lógicamente equivalentes.¹⁰ Dretske llama la atención hacia el valor del concepto de afirmación contrastante, porque entiende que diferentes afirmaciones tales cumplen, o pueden cumplir, cometidos diferentes cuando se trata de dar explicaciones de sucesos o estados de cosas, de apuntar las razones de la acción o la evidencia en que se apoyan juicios y valoraciones (Dretske 1972, p. 412 y s.; 2000, *passim*). La contribución que puede llevarse a cabo por medio de cada una de las afirmaciones de (4a) – (4e) en tareas explicativas difiere de las de los demás, pues no es lo mismo señalar a Clyde como responsable de un error que señalar por qué el error estuvo en darme los billetes de avión en lugar del bono del hotel.

7. La estructura de la preferencia

Por mi parte, quiero valerme del principio CPU para esbozar una alternativa al análisis que hace Searle de preferencias de oraciones como (1) – (3). La alternativa se esboza en dos pasos. El primero consiste en entender la preferencia llevada a cabo como un compuesto de dos componentes: la expresión proferida, E , y el contexto $\{C\}$ en el que se profiere E o que acompaña a esta expresión. (El hablante no profiere ciertas palabras en un contexto, sino que profiere esas palabras a la par que explota los recursos del contexto.) Representaré eso del siguiente modo:

$$(5) \{C_1 \dots C_n\}E^{11}$$

Detallar los distintos elementos de la preferencia no es necesariamente una tarea simple. En particular, los ingredientes de $\{C\} = \{C_1 \dots C_n\}$ que pueden ser pertinen-

¹⁰ Una aparente objeción a este análisis es que las diferencias entre (4a) – (4e) corresponden a diferencias de alcance del operador ‘por error’. A mi modo de ver, Dretske acierta cuando señala, defendiendo el orden de explicación inverso, que las diferencias de alcance tienen su *fuerza* en las correspondientes diferencias en los perfiles de contraste. Véase Dretske (1972, 414 y s.).

¹¹ Al representar así el análisis de la preferencia, sigo el sistema utilizado por Stainton para representar las aserciones. Véase Stainton (1997).

tes en cada caso han de identificarse cuidadosamente, pues su contribución al acto de habla ejecutado y a su contenido puede ser dispar. La preferencia de (1) que hemos venido comentado se analizaría del siguiente modo:

(1a) {Hablante y oyente conocen las convenciones lingüísticas del caso. Hablante y oyente se hallan en un restaurante que ofrece al sus clientes una carta del tipo habitual. El hablante desea solicitar un plato del menú. El oyente quiere tomar nota de la solicitud y trasladarla a la cocina del restaurante para que allí se atienda.... } *Tráigame un entrecot con patatas fritas*

La preferencia de (1) en las circunstancias señaladas es la petición de que se me sirva un entrecot con patatas fritas como es común que se haga en *esas* circunstancias. En la misma línea de análisis, las preferencias de (2) y (3) tienen la siguiente naturaleza (reduciendo al máximo los datos que forman parte del contexto):

(2a) {...El lapso temporal considerado por hablante y oyente no rebasa los límites del día de la preferencia.} *He desayunado*

(3a) {...El hablante ni viaja a ni regresa del Tibet con regularidad en viajes que duran poco tiempo. Ha estado en el Tibet en algún momento del pasado de la preferencia.} *He estado en el Tibet*

Consiguientemente, transmiten las afirmaciones de que he desayunado hoy y de que he visitado el Tibet en el pasado, respectivamente. La pregunta que hay que plantearse ahora es por qué *esto* es así.

El segundo paso de mi alternativa quiere cumplir este *desideratum*. La introducción de la noción de *foco de contraste* tiene el objetivo de lograr que, manteniendo fija la clase de contraste, la elección de uno u otro de sus elementos cambia sustancialmente la aportación del contexto en el uso de las palabras. El objetivo se alcanza haciendo de manera que el contexto marque diferencias, allí donde importan, aportando focos de contraste al contenido del acto de habla realizado. Por lo tanto, cuando el hablante ejerce bien su competencia en el uso de su lengua, elige, subraya o simplemente saca partido de los elementos de cada clase contraste relevante. De otro modo, elige los focos de contraste de la preferencia y le dota a ésta de un *perfil de contraste* determinado. Supongamos, entonces, que el *j*-ésimo elemento del contexto {*C*} de (5) es un foco de contraste. La estructura de la preferencia llevada a cabo se representaría como indica (6):

(6) { $C_1 \dots C_j \dots C_n$ } *E*

Un análisis más apropiado de una preferencia de (1) debe completar (1a) del modo que indica (1b):

(1b) {Hablante y oyente conocen las convenciones lingüísticas del caso. Hablante y oyente se hallan en un restaurante que ofrece al sus clientes una carta del tipo habitual. El hablante desea solicitar un plato del menú. El oyente quiere tomar nota de la solicitud y trasladarla a la cocina del restaurante para que allí se atienda....} *Tráigame un entrecot con patatas fritas*

El alcance de este análisis se aprecia bien cuando tenemos presente que a la clase de contraste del ingrediente contextual señalado podría pertenecer el de una solicitud, hecha por teléfono o por correo electrónico a una empresa que prepara comidas y las sirve a domicilio, de un entrecot con patatas fritas. La solicitud se llevaría a cabo profiriendo (1) en las circunstancias indicadas:

(1c) {...En una llamada telefónica a una empresa que prepara comidas y las sirve a domicilio....} *Tráigame un entrecot con patatas fritas*

Las preferencias (1b) y (1c) sirven para llevar a cabo solicitudes o encargos distintos, pese a que las palabras proferidas sean las mismas en cada caso. Obviamente, la diferencia la pone el contexto. En el caso de (1b) lo que se *puede* esperar es que al hablante le sirvan la comida en su mesa del restaurante; en el de (1c), que lo hagan en su domicilio. Que la solicitud transcurra en un restaurante y que se haga por teléfono a una empresa que prepara comidas a domicilio son circunstancias contextuales que pertenecen a la misma clase de contraste. Las preferencias difieren porque sus focos de contraste –y, por tanto, sus respectivos perfiles de contraste– lo hacen. Esto pone fin al esbozo de mi alternativa al análisis de Searle.

El análisis de este último ejemplo pone de manifiesto cómo habría de refinarse la formulación de la condición CPU relativa a la adecuación de las expresiones proferidas a los ingredientes contextuales de la preferencia. El hablante ha de ajustar apropiadamente la expresión que profiere E a las condiciones contextuales C_1, \dots, C_n que servirán de nido a E . El ajuste se logrará cuando la finalidad que se persigue con la preferencia se halla contemplada en las clases de contraste pertinentes y tenga el perfil de contraste pertinente. A ello se debe que en un restaurante usual no pueda uno esperar que le sirvan un entrecot en un bloque de cemento ni un entrecot de 1 Km. de longitud; y que tampoco una empresa que sirva comidas a domicilio pueda prestar ese inverosímil tipo de servicio. Es decir, en el primer caso el contexto de la preferencia tiene, a los efectos que necesitamos, el perfil de contraste {...Hablante y oyente se hallan en un restaurante que ofrece al sus clientes una carta del tipo habitual....}; mientras que el segundo tiene el perfil {...En una llamada telefónica a una empresa que prepara comidas y las sirve a domicilio....}. Supongamos, entonces, que una preferencia tenga m focos de contraste, C_{j1}, \dots, C_{jm} . La nueva versión de CPU dice siguiente:

Condición de Propiedad de Uso (CPU)

Una preferencia $\{C_1 \dots \underline{C}_j \dots \underline{C}_{jm} \dots C_n\}E$ es apropiada, si la ejecución del acto de habla correspondiente es una posibilidad contemplada en las clases cuyos focos de contraste son \underline{C}_j, \dots y \underline{C}_{jm} .

8. Un análisis de la transferencia semántica

Una segunda aplicación de la propuesta de análisis acabada de esbozar se refiere al fenómeno de la transferencia semántica. Tampoco se necesita ahora reconocer la dicotomía literal/no literal para disponer de un análisis satisfactorio de la aserción que puede llevarse a cabo profiriendo

(7) El bocadillo de jamón está sentado en la mesa #7

para informar, en la cocina de una bocadillería o de una cafetería, que el cliente que ha pedido un bocadillo de jamón se halla sentado en la mesa 7 del local.¹² Expuesto en los términos de más arriba, el análisis usual de este caso se basa en el supuesto de que entender una preferencia consiste en poder traducir la expresión proferida a otra cuyo contenido no está sujeto a los avatares del contexto en que se profieren las palabras del caso. Entender una preferencia es identificar lo que el hablante dice; y se asume que eso que el hablante dice sería el significado literal de una oración que ha de ser reconstruida mentalmente por aquel a quien va dirigida la preferencia. En consonancia con esta estrategia, el proceso de análisis de una preferencia de (7) comienza asignándole a esta oración un significado literal, significado que correspondería a la aplicación de (7) en el contexto nulo o cero:

(7a) $\{\emptyset\}$ El bocadillo de jamón está sentado en la mesa #7

En un segundo momento, y aduciendo lo absurdo que resulta el aserto que tiene este contenido, se considera que (7a) no es más que una estación de paso, aunque de paso obligado, hacia (7b). (El elemento deíctico temporal presente en «está» no se toma ahora en consideración.)

(7b) $\{\dots \text{La situación: la cocina de una bocadillería. El hablante señala un bocadillo de jamón.} \dots\}$ *El bocadillo de jamón está sentado en la mesa #7*

¹² Este justamente famoso ejemplo se debe a Geoffrey Nunberg. Véase Nunberg (1979, p. 149; 1993, p. 42; 2004, p. 347).

El contexto ya no es ahora el contexto nulo o cero, porque el constituyente deíctico ha saturarse y su referente incorporarse a la preferencia de algún modo. La saturación de su contenido sigue siendo, sin embargo, insuficiente, puesto que (7c) sigue resultando absurda.

(7c) { \emptyset } *El bocadillo de jamón* [acabado de señalar en la cocina de la bocado-llería] *está sentado en la mesa* #7

Supongamos que, finalmente, el oyente entiende que con «El bocadillo de jamón [acabado de señalar]» el hablante se refiere al cliente que ha pedido el bocadillo de jamón. (7c) deja, finalmente, paso a (7d):

(7d) {...El cliente que ha pedido el bocadillo de jamón acabado de señalar es nombrado por el nombre de la comida demandada...} *El bocadillo de jamón* [acabado de señalar en la cocina de la bocado-llería] *está sentado en la mesa* #7

Finalmente, la preferencia de (7) es reemplazada por otra que, se entiende, es absolutamente independiente del contexto, (7e):

(7e) { \emptyset } *El cliente que ha pedido el bocadillo de jamón* [acabado de señalar en la cocina de la bocado-llería] *está sentado en la mesa* #7

Según esta forma de proceder, la interpretación de la preferencia de (7) ha consistido en ofrecer una serie de paráfrasis enriquecidas de las palabras inicialmente proferidas hasta desembocar en una que traduce en términos literales el contenido completo transmitido por el hablante sin.¹³ El contexto proporciona los medios para identificar la preferencia, diríamos, «verdadera», a través de un proceso de codificación lingüística de información contenida en el contexto de la preferencia. Existe, sin embargo, una alternativa, (7♣), que hace innecesarios todos estos pasos y, de modo muy especial, el paso que media entre (7c) y (7d), que en la explicación anterior tiene los visos del milagro. La alternativa más plausible, que hace inútil el proceso que nos lleva de (7a) hasta (6e), es ésta:

(7♣) {...La situación: la cocina de una bocado-llería. El hablante señala un bocadillo de jamón. El personal que atiende la cafetería tiene por norma referirse a los clientes mediante la comida demandada por éstos...} *El bocadillo de jamón* *está sentado en la mesa* #7

¹³ 'Enriquecimiento' es el nombre que se da a este proceso. Véase Recanati (2005, p. cap. 2).

No hay que buscar significados derivados extendidos en el uso de «el bocadillo de jamón». Todo lo que hay son reglas para el uso de expresiones que son propias de la ocasión o del lugar; y estas reglas, en este caso concreto, regulan determinada manera de referirse a los clientes. Esta manera determinada es el foco de contraste de este aspecto de la situación. En virtud de ella, quien usa «el bocadillo de jamón» en las circunstancias del caso se refiere al hablante que ha solicitado un bocadillo de jamón. Esto es metonimia sin significados metonímicos.

9. El papel del Trasfondo

Recapitulo. Hasta este momento he perseguido dos objetivos. En primer lugar, he tratado de evitar comprometerme con la doctrina de Searle de que las palabras tienen significados literales, pues ésta es una forma segura de socavar las bases de una segunda doctrina que no quiero llevar en mi equipaje: que cuando se profiere una oración el significado literal que resulta de la combinación de los significados literales es compatible con un sinnúmero de interpretaciones posibles (es decir, ICSL). ICSL me resulta tan chocante que juzgo oportuno explorar vías alternativas de análisis de ese tipo de casos que podríamos calificar de cebos para teorías. En segundo lugar, he explorado una ruta que no recurre a la noción de significado literal y que pone todo el énfasis en las condiciones de uso de las expresiones proferidas. Los conceptos de clase de contraste, perfil de contraste y foco de contraste han servido a esa finalidad, que ha culminado en la condición CPU. Ya que todo esto, sin embargo, deja muchas cuestiones sin perfilar ni responder, me ocuparé ahora de algunas de ellas.

Comenzaré por considerar la doctrina de la Contribución del Trasfondo (CT). Puesto que, en su opinión, el significado literal de una expresión deja un margen de indeterminación muy elevado al modo en que esa expresión ha de entenderse, Searle necesita una pieza más, que cierre el espacio entre el significado y el contenido pensado por el hablante y entendido por su interlocutor. Su hallazgo es el Trasfondo: todo un conjunto de capacidades que sirven de sustrato a nuestros estados mentales intencionales –en general, a nuestras capacidades intencionales– dentro de la comunicación lingüística. Las capacidades del Trasfondo las entiende Searle como capacidades no-representacionales que sostienen no sólo nuestras representaciones mentales dotadas de contenido intencional, sino también las representaciones lingüísticas que sirven de vehículo a la transmisión de pensamientos, es decir, deseos y creencias:

The Background is a set of non-representational mental capacities that enable all representing to take place. Intentional states only have the conditions of satisfaction that they do, and thus only are the states that they are, against a Background of abilities that are

not themselves Intentional states. In order that I can now have the Intentional states that I do must have certain kinds of know-how: I must know how things are and I must know how to do things, but the kinds of «know-how» in question are not, in these cases, forms of «knowing that» (Searle 1983, p. 143).

Searle es consciente de que quien profiere (1) en un restaurante no teme que su solicitud se traduzca ni en la entrega de un entrecot con patatas fritas en un bloque de cemento ni en otras situaciones tan poco naturales. No lo teme porque, además del conocimiento del significado literal de la preferencia, el cliente de un restaurante está habitualmente familiarizado con el Trasfondo de su deseo y de la preferencia que lo expresa. Tiene la apropiada “actitud [o postura] preintencional” (Searle 1983, p. 144) ante lo que supone y exige de una persona ir a comer a un restaurante. Esa actitud incorpora habilidades relativas a cómo son las cosas y a cómo desenvolverse entre ellas: no sólo qué es un restaurante, que es comer en uno, qué es un menú y un más que largo etcétera, sino también cómo comportarse en un restaurante, cómo solicitar un plato y demás. La *Tesis del Trasfondo*, de Searle, dice que la intencionalidad del contenido mental y la del significado lingüístico no funcionan de manera autónoma, sino que echan raíces y se asientan en toda esta compleja red de habilidades de pensamiento y conducta.

Más arriba he puesto en cuarentena la tesis de que las expresiones tienen significados literales y, como consecuencia de ello, que hay que añadir algo más a esos significados para dar cuenta de cómo las preferencias son usadas por los hablantes y entendidas por sus oyentes. Ahora bien, este rechazo no lo es también de la realidad y papel del Trasfondo. Por el contrario, la idea de Trasfondo tiene en sí misma un valor elevado, con independencia del que adquiere en el modelo explicativo de Searle, *un valor que no depende de la noción de significado literal*. En la propuesta esbozada más arriba la pregunta relevante es la de en qué circunstancias usamos una cierta expresión: a qué cosas o situaciones se aplica y en qué condiciones lo hacemos. Podemos tener la impresión de que explicar ese uso exige una enumeración completa de todos los factores pertinentes, pero aquí nos equivocaríamos, como bien señala Searle. Algunos de esos factores habrán de encontrar sin duda un lugar en la explicación del uso, pero otros, muchos otros, se sobreentienden, pues pertenecen al dominio de las capacidades pre-intencionales: son parte del Trasfondo de la preferencia y, en general, del lenguaje. Es el Trasfondo de una preferencia común de (1) lo que determina las condiciones de satisfacción de la petición hecha en el restaurante. El Trasfondo cumple ahora su cometido excluyendo las opciones imprevistas. Ninguna de estas posibilidades, según se ha explicado más arriba, se encuentra en las clases de contraste relevantes, las focalizadas, de la preferencia. Habitualmente no es necesario poner al descubierto esas habilidades no-representacionales, a no ser que una circunstancia extraordinaria haga preciso disponer de ese recurso. El mérito de los chocantes ejemplos de Searle estriba justamente en apar-

tarnos de los caminos trillados y forzarnos a escarbar en los trasfondos de las preferencias.

Todo esto nos lleva a la siguiente alternativa a la Hipótesis searleana del Trasfondo:

Nueva Hipótesis del Trasfondo (NHT)

El Trasfondo del uso de una preferencia $\{C_1...C_n\}$ *E* determina qué entra y qué queda fuera de las clases de contraste $\{C_1...C_n\}$.

10. Contra la autonomía del significado literal

No hay duda de que NHT sigue de cerca la lección de Searle, pues el Trasfondo determina cuáles son las circunstancias en que se usan las palabras y, en la propuesta presentada en estas páginas, el contexto juega un papel esencial en el uso de las expresiones. De algún modo, estoy sometiendo a consideración la idea de que si el Trasfondo de una preferencia no deja espacio a que se pueda usar una determinada expresión en cierta situación o contexto, entonces hacerlo da lugar a un sinsentido. Admitida esta deuda con Searle, he de dejar constancia de una segunda discrepancia no menor. Podría uno pensar que si el contenido de un acto de habla resulta de la combinación de significado literal y Trasfondo, el primero debería ser enteramente autónomo con respecto al segundo. Ahora bien, Searle rechaza esta autonomía. El siguiente argumento, que Searle considera poderoso y atractivo, tiene esa conclusión:

(Leaving indexicality and other context-dependent features aside) literal meaning determines truth-conditions absolutely and in isolation. But literal meanings are vague, and literal descriptions are always incomplete. Greater precision and completeness are added by supplementing literal meaning with collateral assumptions and expectations. So for example, cutting is cutting however you do it, but we expect grass to be cut one way, and cake another. So if someone says «Go cut that mountain», the correct response is not «I do not understand.» Of course you understand the English sentence! Rather the correct response is «How do you cut it?» (Searle 1992, p. 183).

No sigo a Searle en su rechazo de la autonomía del significado literal, porque no acepto que haya nada como lo que él llama significado literal. Por eso, la respuesta a la pregunta final del texto citado es precisamente la que Searle descarta: «¡No entiendo qué es lo que me pides!» Es cierto que uno puede decirse a sí mismo que una preferencia de

(8) ¡Ve y corta la montaña!

significa que ha de ir uno a cortar la montaña señalada o previamente aludida. Pero lo que así se señala es una realidad meramente psicológica, como un eco que reverbera en la propia conciencia o en la imaginación de hablantes y oyentes. Lo que, a mi juicio, importa es que no sabemos qué se nos *pide* con (8): no sabemos qué hacer con esas palabras.¹⁴ Sin duda, hay imágenes que se nos vienen a la mente, imágenes con las cuales, a menos que ignoremos las enseñanzas de Frege y Wittgenstein, podríamos confundir su significado. Quizás puede que, al proferir o escuchar a alguien profiriendo (8), nos veamos a nosotros mismos manejando un cuchillo o una sierra gigantesca y haciendo algo supuestamente parecido a lo que haríamos al cortar una tarta. Cortar una montaña sería como cortar una tarta gigantesca. Hacemos lo mismo que al cortar una tarta, pero las dimensiones de la tarea serían ahora mucho mayores que en esas ocasiones. De hecho, Searle afirma que él puede imaginar un conjunto de capacidades del Trasfondo que, en combinación el significado literal del verbo «cortar», harían que estuviese perfectamente claro lo que se transmitiese con una preferencia de «¡Corta el lago!» Aunque no dice cuáles, yo podría suscribir ese juicio, pero nunca sin vacilaciones. Lo que sí apunta Searle es que el desarrollo del láser podría modificar el significado de «cortar». Y también en esto coincido con él. Sin embargo, media todavía un trecho entre aceptar esta observación y aceptar que esas técnicas sean suficientes para encontrar impecable la aludida preferencia de (8). Eso rebasa con mucho mis estándares de aceptabilidad.

El problema filosófico que, a mi juicio, verdaderamente importa es si estamos dispuesto a encaminarnos por la senda del Psicologismo y a aceptar que una expresión es significativa por el hecho de poder asociar a ella una o más imágenes mentales o, alternativamente, una representación mental del estado de cosas apuntado. Pero ser portadora de, o estar asociada a una imagen u a otra entidad psicológica no es aval indiscutible de significatividad –una consideración que cuadra bien con el consejo de no preguntar por el significado, sino por el uso–. No están creadas las condiciones para que tenga sentido ordenar «¡Corta el lago!»; a diferencia de lo que sucede en el deporte del baloncesto, en donde sí están creadas las condiciones para ordenar (el entrenador a un jugador de su equipo) «¡Tú cortas la zona y recibes el balón!»¹⁵.

He argüido que las incomodidades que produce la noción de significado literal se evitan si, siguiendo la recomendación de Wittgenstein, deja uno de preguntarse

¹⁴ El fondo del asunto estriba en si el Principio de Composicionalidad tiene validez irrestricta. Searle cuenta con que sí. Mi actitud es contraria a esta conclusión.

¹⁵ Neftalí Villanueva apunta que rechazar que el significado es autónomo con respecto al Trasfondo es lo que hay tras la propuesta de Recanati de que las palabras no tienen significados literales, sino algo mucho más esquemático: *potenciales de significado*. Véase Recanati (2005, p. 152 y s.). En ese sentido, no habría incompatibilidad entre la posición que sostengo en este trabajo y la de Recanati. Una posición similar a la de Recanati, pero sin su sesgo cognitivista, se defiende en Travis (2000, p. cap. 9).

por el significado de las expresiones y se interesa por su uso; más en particular, por las circunstancias en que se aplican. Esta medida podría parecer demasiado drástica, pues ¿no sería este remedio peor que las enfermedades, o que las simples molestias, que trata así de curar o de evitar? Está réplica estará en la boca de quien considera que la noción de significado literal y la dicotomía literal/no literal son parte de un sistema conceptual de análisis de las estructuras del lenguaje y de su uso validado más allá de toda duda. Esta valoración es discutible. Es cierto que socavar sus cimientos es tarea para una obra de envergadura, que no puede acometerse en el reducido espacio de estas páginas. Pero incluso aquí he señalado ya algunas cosas que no son quizás desdeñables: (i) las extrañas consecuencias de ICSL (en §§ 1, 2 y 4), (ii) el carácter no concluyente de dos de los argumentos de Searle a favor del significado literal (en § 3) y (iii) lo chocante de admitir la autonomía del significado literal respecto del Trasfondo (en § 8). ¿Será suficiente todo esto para socavar los pilares de la confianza que se tiene en ella?¹⁶

Referencias bibliográficas

- BACH, K. (1994): "Semantic Slack". En S. L. Tsohatzidis (ed.), *Foundations of Speech Act Theory: Philosophical and Linguistic Perspectives*. London, Routledge.
- BACH, K. (2002). "Seemingly Semantic Intuitions". En J. K. Campbell, M. O'Rourke y D. Shier (eds.), *Meaning and Truth. Investigations in Philosophical Semantics*. New Cork: Seven Bridges Press.
- BACH, K. (2005): "Context *ex Machina*". En Z. Gendler Szabó (ed.), *Semantics versus Pragmatics*. Oxford, Clarendon Press.
- BERG, J. (1993): "Literal Meaning and Context", *Iyyun, The Jerusalem Philosophical Quarterly* 42, pp. 397-411.
- CARSTON, R. (2002a): "Linguistic Meaning, Communicative Meaning, and Cognitive Practices", *Mind and Language* 17, pp. 127-48.
- CARSTON, R. (2002b): *Thoughts and Utterances*, Oxford, Blackwell Publishers.
- DRETSKE, F. (1972): "Contrastive Statements", *Philosophical Review* LXXXI, pp. 411-437.
- DRETSKE, F. (2000): "The Pragmatic Dimension of Knowledge", en *Perception, Knowledge and Belief*, Cambridge University Press, pp. 48-63.

¹⁶ Este trabajo ha sido realizado en el contexto de realización del proyecto de investigación HUM2005-07358, del Ministerio de Educación y Ciencia español. Al pulido y corrección de diversas partes suyas ha contribuido de forma significativa Alberto Moretti con sus críticas y comentarios a una versión anterior. También han aportado observaciones sustanciales José Luis Fernández Moreno y Neftalí Villanueva. Por todo ello les expreso mi gratitud, aunque ninguno de ellos sea responsable de las posiciones aquí defendidas.

- GLOCK, H.-J. (1996): "Abusing Use". *Dialectica* 50, pp. 205-23.
- KATZ, J. J. (1990): "Literal Meaning and Logical Theory", en A. Burkhardt (ed.), *Speech Acts, Meaning and Intentions*, Berlin, Walter de Gruyter.
- NUNBERG, G. (1979): "The Non-Uniqueness of Semantic Solutions: Polysemy". *Linguistics & Philosophy* 3, pp. 143-184.
- NUNBERG, G. (1993): "Indexicality and Deixis", *Linguistics & Philosophy* 16, pp. 1-43.
- RECANATI, F. (2002): "Unarticulated Constituents", *Linguistics and Philosophy* 25, pp. 299-345.
- RECANATI, F. (2005). *Literal Meaning*, Cambridge University Press.
- SEARLE, J. (1979): "Literal Meaning", en *Expression and Meaning*, Cambridge University Press, pp. 117-136.
- SEARLE, J. (1980): "The Background of Meaning", en J. Searle, F.Kiefer & M. Bierwisch (eds.), *Speech Act Theory and Pragmatics*, Dordrecht: D. Reidel.
- SEARLE, J. (1983): *Intentionality. An Essay in the Philosophy of Mind*, Cambridge University Press.
- SEARLE, J. (1992): *The Rediscovery of the Mind*. Cambridge University Press.
- SEARLE, J. (2002): "Individual Intentionality and Social Phenomena in the Theory of Speech Acts", en *Language and Consciousness*. Cambridge University Press.
- STANTON, R. J. (1997); "What Assertion Is Not". *Philosophical Studies* 85, pp. 57-73.
- STANLEY, J. (2002): "Making it Articulated". *Mind and Language* 17, pp. 149-168.
- TRAVIS, CH. (2000). *Unshadowed Thought*, London, Harvard University Press.
- WITTGENSTEIN, L. (2001). *Philosophical Investigations*, The German Text With Revised English Translation, Oxford, Blackwell Publishers.

Juan José Acero
Departamento de Filosofía
Universidad de Granada
acero@ugr.es